

Es difícil romper la blancura del papel y ponerse a escribir, pero considero que es fundamental que comparta con los demás mi experiencia en el Centro de Educación de Personas Adultas América, más conocido como "El Matadero" Durante un par de meses dediqué parte de mi tiempo a acudir a este centro para conocer de cerca la realidad de la Educación de Personas Adultas. Trabajé con alrededor de veinte mujeres y prometo que lo hice lo mejor que pude y esta es la reflexión plasmada en papel de esa estupenda experiencia

Esto es, o pretende ser, una conclusión, un final para un cuento de hadas, pero un final que admite segundas partes y que pretende ayudar a que éstas sean mejores, siendo como ha sido esta experiencia, maravillosa. Es sin lugar a dudas la experiencia que más me ha marcado en mis años de estudiante junto con una visita al Hospital Psiquiátrico Penitenciario.

¿Cómo hablar de ese miedo que sentí al ir por primera vez al centro? Creo que es el mismo que cuando somos pequeños y damos nuestros primeros pasos, ese instante de incertidumbre antes de decidirnos, antes de arriesgarnos.

Como cuando di mis primeros pasos, en el centro de adultos al que acudí, la recompensa mereció la pena y ahora hay miles de caminos que puedo comenzar a explorar, gracias a mis primeros pasos, son caminos que apenas he comenzado a recorrer pero estoy deseando hacerlo, llena de incertidumbre, eso sí.

Siendo sinceros debo decir que he pasado por los más variopintos estados emocionales, desde el más absoluto desconcierto en las primeras clases de la asignatura por la que comencé a acudir al centro, pasando por la mayor de las felicidades cuando el trabajo con las mujeres de mi centro empezó a dar sus frutos hasta la mayor de las frustraciones al oír las decir por vigésima vez a esas mujeres que eran tontas.

Y ahora me siento triste porque creo que podría haber hecho más por ellas, pienso en si habré sido un obstáculo para ellas, en si en vez de ayudarles a hablar con su propia voz, en que ganasen seguridad he sido un obstáculo. Sólo espero haberlas ayudado, o al menos no haberlas entorpecido en sus primeros pasos para descubrir la sabiduría que hay en su interior.

Esas mujeres necesitan ayuda, pero no porque sean incapaces sino porque las han repetido machaconamente que eran tontas, se ha cometido una injusticia brutal y

ellas no se dan cuenta. Piensan que son afortunadísimas. Sin querer ser negativa he de decir que estas mujeres se merecen mucho más, se merecen una educación digna. Quizás mi labor no sea tanto que ellas aprendieran a sumar fracciones sino a ayudarles a que se dieran cuenta de que tienen **derecho** a una educación digna y como derecho suyo que es lo pueden reclamar, no es un favor, no es algo que se les dé, es algo suyo que les han arrebatado.

Me resulta complicado intentar resumir aquí mi experiencia ¿qué destacaría? A esas mujeres ante todo. Ellas, en muchos casos, siguen sacando adelante casas, maridos e hijos y ellas que nunca se han dedicado tiempo a si mismas y con todo en contra deciden comenzar, demostrando un gran valor, un camino lleno de dificultades en el que las condiciones no son las más propicias pero en el que la recompensa no es la meta sino el camino en sí.

Esos dos meses fueron, una experiencia increíble, no sólo por lo que aprendí sino por ellas, todas mis alumnas eran mujeres excepcionales, todas eran especiales, todas tenían una historia y a todas les hacían falta personas que las escuchasen, que les prestase atención.

Sin duda lo aprendido en clase no tendría valor sin la práctica, nada tendría sentido sin haber conocido a estas personas.

La conclusión que quiero sacar es que por supuesto que ellas han aprendido algo pero sin duda yo también he aprendido algo, ha sido una experiencia que ha cambiado mi percepción acerca no sólo de la educación, sino de las personas mayores y de mi misma.

Y ahora que mis ojos están abiertos no puedo cerrarlos a la realidad, lo cierto y ello es que me acucia el miedo a la educación que hemos recibido y a la que están recibiendo las personas de mi generación y las que vienen detrás nuestro.

Estamos en la era del analfabetismo funcional, ¿qué pasa con todos esos jóvenes que son llamados "fracasados escolares"? ¿Cómo escapan de la exclusión? ¿Por qué en vez de poner remedios al cabo de los años no prevenimos y respetamos el derecho de las personas a recibir una educación de calidad? Me parece injusto que estas mujeres estudien ahora porque ellas deberían haber podido estudiar antes, debieran haber podido porque es su derecho. Es fundamental que hagamos una reflexión acerca de la educación pero aún lo es más que actuemos y que superemos las palabras para comenzar con la práctica. Ha llegado el momento de que las palabras se conviertan en acción. Sé que es posible y lo sé por lo que he vivido, no será fácil pero las cosas que merecen la pena no suelen serlo.